

Formación Permanente. Facultad de Teología San Vicente Ferrer. 28 abril 2022

Prof. Armando Matteo, *Pastoral 4.0. La evangelización hoy ante los desafíos de las nuevas generaciones. Cambio de mentalidad pastoral*

0. Introducción

Al comenzar, quiero dirigiros un gran saludo a cada uno de vosotros. Al mismo tiempo deseo expresar mi agradecimiento al Decano de la Facultad de Teología, el prof. José Santiago Pons, y al prof. José Vidal Talens, por esta invitación al curso de Formación Permanente de la Diócesis de Valencia. Siento no poder estar hoy con vosotros personalmente, pero la Congregación está en un momento particular de transformación y no he podido salir de Roma. Espero recuperarme pronto.

Lamento también no hablar vuestro hermoso idioma y doy las gracias a quien ha realizado la traducción de esta conferencia.

Lo primero que quiero compartir es que, para mí, la cuestión de transmitir la fe a las nuevas generaciones es la verdadera cuestión que hay que poner en el centro del camino de la Iglesia en Occidente actualmente. La brecha que se está creando entre el universo católico occidental y el mundo de los jóvenes es cada vez más grande. Repensar a fondo la dinámica de la transmisión de la fe representa hoy una urgencia particularmente apremiante. Sin jóvenes, simplemente estamos condenados a morir. Lo cual no me parece una hermosa perspectiva. Aun así, no hacemos mucho en este sentido.

¡Y es que el punto problemático, como intentaré demostrar, es que *la cuestión de los jóvenes no es una cuestión de pastoral juvenil!* Es una cuestión más amplia: es una cuestión que nos exige cambiar, de principio a fin, la pastoral general que hemos heredado del pasado y que aún marca nuestra forma de situarnos ante el desafío del ateísmo creciente de las nuevas generaciones.

Y es que, a veces, tengo la impresión de que, más que cambiar la pastoral, preferimos despedirnos lentamente de la historia. En resumen, ¡más vale morir que cambiar de pastoral! Pero aquella pastoral, la pastoral que hemos heredado, debe ser cambiada. No solo es que ya no funciona, sino que simplemente ya no puede funcionar, porque se basa en un mundo que simplemente ya no existe, y ya no existe porque los adultos ya no son como eran.

Esto era el aperitivo. ¡Pasemos al primer plato!

1. Los adultos ya no son como eran

Para abordar la cuestión de los jóvenes y los desafíos que nos plantean como Iglesia, es necesario partir del cambio radical que ha afectado al “modo de ser en el mundo” de la población adulta. Este cambio ha hecho que colapse el mundo en el que todavía se basa nuestra pastoral.

Me voy a referir ahora de un modo específico a los adultos pertenecientes a la generación nacida después de la Segunda Guerra Mundial y a la generación siguiente: esencialmente a los que pertenecen a la Generación Baby Boom (1946-1964), y a la

Generación X (1969-1980). Estas distinciones se deben a Z. Bauman: por eso las usa todo el mundo, pero obviamente son muy generales. Como aprendí muy bien gracias al amigo el prof. José Santiago Pons, por ejemplo, en España la Generación del Baby Boom comienza precisamente una década después del 1955 a 1968.

En todo caso, con estas generaciones, en muy pocos años, la condición adulta ha pasado de representar el tiempo de los deberes familiares y sociales (el primero de todos, el de formar una familia y tener hijos), el tiempo de las fatigas y de las frustraciones, entre el trabajo y el cuidado de la descendencia, y también el tiempo del inexorable encuentro con la experiencia del debilitamiento de las energías y, por tanto, del envejecimiento y de la muerte. De ese tiempo pasamos al tiempo en que la demanda humana de vida y de libertad encuentra su terreno más fértil.

Este es, en resumen, el efecto que sobre los sujetos, pertenecientes a las generaciones antes citadas, han tenido los siguientes fenómenos: los desarrollos de la medicina y de la investigación farmacéutica, las nuevas atenciones a la higiene y a la salud personal y colectiva; el aumento de los recursos de alimentos y de dinero; la difusión de tantos descubrimientos tecnológicos dentro del ámbito doméstico; los espacios de trabajo y en la amplia esfera social; sin olvidar el efecto de la superación de tantos prejuicios; la mayor escolarización de la población en su conjunto; y, finalmente, las inmensas posibilidades que ofrece Internet.

Hacerse adulto ya no implica el acceso a una especie de túnel asfixiante, oscuro y unidireccional en el que, conforme se avanza en la adultez, van disminuyendo las opciones que el sujeto tiene a su alcance, hasta el único destino final del cementerio.

Convertirse en adulto significa, hoy en día, acceder a una especie de pradera de límites difíciles de identificar, en la que no parece haber casi nada inaccesible, siempre que se disponga de dinero. Y aunque no faltan enfermedades que atemorizan —como las neurodegenerativas— la posibilidad de una declaración anticipada de tratamiento ya tranquiliza bastante. Del mismo modo, la idea de tener que morir ya no se presenta como la cuestión última y radical de la existencia; se trata generalmente, y se asume, como la última cuestión a la que a su tiempo se encontrará fácil solución, como ya lo dan a entender los modos actuales de nombrar la muerte de los demás (al menos en la lengua italiana): se ha apagado, ha desaparecido, se ha ido, se ha dormido, ya no está, ha realizado el último tránsito, ya descansa, ha marchado a la casa del Padre y otros más. No solo eso: ahora, independientemente de la edad en que se muera, siempre se muere “joven”. Y aquí accedemos a otro elemento decisivo de nuestro análisis sobre el tema del eclipse del adulto.

2. Una revolución copernicana de las etapas de la vida

De hecho, junto a la condición de los adultos presentes en el mundo, cambia también el imaginario del ser adulto: o sea, el significado y el valor propio de la categoría de “adulto”.

Se pasa así, del considerar el ingreso en la condición adulta como la salida normal del proceso de humanización de todo cachorro de hombre, o bien como la asunción lograda de aquel rasgo del cuidado, que define nuestra especie, y en el que en todo caso se realiza

la plena humanidad de cada uno (solo el adulto tiene pleno título de “humano”), al considerar que solo la juventud puede garantizar tal promesa.

Por tanto, la juventud, no indica ya, en el imaginario actual, un paso breve de tiempo para explorar las concretas, pocas, posibilidades a disposición del sujeto en crecimiento, antes de su ingreso por la puerta estrecha de la adultez, sino que se plantea como el sentido mismo de la existencia humana: conservar la vida joven. Compréndase bien: este sería el sentido de la existencia humana hoy concretamente para las dos generaciones antes citadas.

Así es como acontece una especie de “revolución copernicana” de las edades de la vida: el “cuerpo celeste” entorno al que giraba toda fase de la existencia humana, hasta hace cuarenta años, era la adultez, de la que provenía el sentido mismo del ser en el mundo para los hombres y mujeres y, en particular, para sus cachorros. Ahora, aquel lugar central, iluminado e iluminador, destinado a dar sentido a la existencia de los terrestres, es ocupado por la juventud, el mito de la juventud, que ha conquistado el corazón de los adultos.

Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con la transmisión de la fe, con los desafíos planteados por el ateísmo juvenil, en definitiva, con el cansancio de la fe y del creer, de nuestros chicos y chicas?

3. Bye bye “valle de lágrimas”

Las formas de transmisión de la fe, vigentes en la Iglesia occidental, se rigen por una mentalidad pastoral que no se ha confrontado con este deslizamiento del signo y del sentido de la condición de los adultos y de la categoría de la adultez. En una palabra, con el eclipse del adulto. Los adultos ya no son los de antes, porque nuestra tierra ha dejado simplemente de ser un valle de lágrimas. Se ha convertido en la llanura del gozo, del placer, del tener experiencias. ¡Vamos, del Viagra!

A pesar de todo esto, la acción concreta de la vida de las parroquias occidentales está todavía hoy sostenida por una sensibilidad de lo humano que iba bien, en cierto modo, cuando los varones morían sobre los cincuenta años; las mujeres eran todas “casa, iglesia, cocina”; los homosexuales eran marginados si no, además, castigados por ley; la pobreza, la ignorancia, la frustración general estaban a la orden del día de cada familia; y los conocimientos médico-sanitarios conocidos y disponibles no eran tan distantes todavía de aquellos de la Edad Media, a pesar de los siglos transcurridos. En fin, la nuestra, es una pastoral todavía pensada para cuando se vivía en aquel valle de lágrimas de nuestros padres y abuelos.

La mentalidad pastoral vigente y, por tanto, las formas relativas a la transmisión de la fe, encuentra, de hecho, su punto de apoyo en el reconocimiento del destino oneroso conectado a la vida adulta, lo que encontraba aún buenos motivos hasta hace poco. Llegar a ser adultos implicaba, pues, atravesar por una puerta que, como aquella de la que habla el gran poeta italiano Dante, parecía tener bien inscrito sobre ella un mensaje claro acerca del esfuerzo fatigoso de vivir que esperaba a los nuevos llegados: digamos, los nuevos adultos.

Desde ese momento en adelante, no había mucho en donde poder escoger. No por casualidad se podía cantar, con Lorenzo el Magnífico, la fugaz belleza del gozo juvenil, después del cual todo resultaba organizado por el orden de los deberes familiares, laborales y sociales.

Además, esta condición iba acompañada de un aura muy positiva sobre el hecho de convertirse en adulto: no había elemento de la sociedad que no empujara en esa dirección a los recién llegados al mundo. La plenitud de lo humano se adquiría precisamente al hacerse mayores. Se daba, pues, una convergencia entre la condición del ser adulto y el valor intrínseco reconocido a esta condición, aunque en la realidad fuera también bastante fatigosa.

Y he aquí, entonces, la gran apuesta de los agentes pastorales que nos han precedido: Precisamente un destino tan oneroso de la condición adulta, ¿no podrá por sí mismo abrir ya al aprecio de las palabras y de las promesas de la religión cristiana? ¿No podrá ésta y no tendrá exactamente que asumir la tarea de dar alguna luz de esperanza, de consuelo y de verdad a los adultos?

La respuesta positiva a estos interrogantes es la que ha dado forma concreta a la mentalidad pastoral que hemos heredado y que todavía gobierna los planteamientos de la acción parroquial occidental. Su elaboración concreta se puede resumir así: pasa a través de la fijación y la ilustración del valor añadido que la religión cristiana ofrece a la vida adulta exactamente respecto a sus momentos más críticos, y digamos también de más intenso sufrimiento y frustración. No hace falta decir, llegados a este punto, que estamos hablando de una vida adulta que, al menos, con referencia a las latitudes occidentales del planeta, ahora es solo un pálido recuerdo.

4. La pastoral del embudo

Para apuntar más concretamente a la mentalidad pastoral todavía en vigor y su idea de transmisión de la fe, viene en nuestra ayuda ahora la imagen del embudo: exactamente como este instrumento de uso ordinario y forma inconfundible sirve para introducir cualquier líquido en una botella, la tarea específica de la mentalidad pastoral vigente consiste en acompañar y poner en camino a los jóvenes en la dirección de ese cuello de botella que significa el convertirse en adultos. Esta mentalidad deriva del hecho de que, en un pasado todavía reciente, contábamos con la existencia de un modelo humano adulto fuerte, dotado de autorregulación interna en sintonía con las instancias religiosas, precisamente gracias al estrechamiento de las posibilidades de vida que comportaba. En dicho pasado, era totalmente natural que la familia, la sociedad y la cultura difusa orientaran a los pequeños a “hacerse mayores”.

Primero. Desde esta perspectiva, guiados por esta pastoral del embudo, a nivel más o menos consciente, los agentes de pastoral básicamente asumen ante los pequeños la tarea de acompañarlos a hacerse adultos, con la esperanza presupuesta de que su camino humano y cristiano confluirá, de modo casi automático por una especie de conexión interna, mientras la comunidad cristiana permanece a su disposición, una vez ya hayan crecido, para la celebración de su matrimonio, para la catequesis y los sacramentos de los

hijos y para hacer sentir su propia cercanía en cualquier momento particularmente difícil de la existencia.

Es este trasfondo el que puede dar razón de algunas características notables del catolicismo occidental más difundido. Sobre todo, encontramos la idea del creyente que es imaginado básicamente como “honesto ciudadano y buen cristiano”: a saber, un sujeto capaz de grandes sacrificios y de pronta obediencia a las instancias de gobierno eclesiales y civiles. La fe es así descrita como imitación del Jesús sufriente y de María pronta a obedecer.

Segundo. Una segunda característica se refiere al aspecto, por así decirlo, más bien “sombrio” de la vida cristiana de los individuos y de la liturgia. Si la vida adulta a la que los jóvenes son enderezados, no es de ningún modo un juego, se comprende que la práctica de la fe no pueda dejar de revestirse de realidad seria, rígida y melancólica, hecha de reglas y preceptos. Por decirlo brevemente y con una palabra del papa Francisco, ¡los creyentes no pueden mostrar un rostro de cuaresma perenne! En definitiva, en la medida en que lo que les espera a los pequeños no es más que una existencia hecha de esfuerzos y sacrificios, la atmósfera eclesial -y por supuesto, la litúrgica- debe también ensombrecer esa triste verdad.

Tercero. Un tercer rasgo de la pastoral del embudo se refiere a la escasa carga de “anuncio” inscrita dentro del proceso de iniciación cristiana y, por tanto, dentro del camino catequético. Dicho de la manera más directa posible, no se trata más que de ofrecer una mínima introducción a la visión cristiana de la existencia vinculada a la pregunta de sentido planteada por las condiciones de vida adulta del pasado: pregunta por el sentido entrelazada con el sentido de estar en el mundo en una situación decididamente fatigosa, con la angustia de muerte y, finalmente, con un sentimiento general de frustración respecto a los propios sueños y a las propias capacidades.

Cuarto. De aquí la cuarta característica de la pastoral del embudo: cualquiera puede asumir el ministerio de catequista. No se requieren disposiciones especiales de ánimo ni competencias específicas. El mismo catecismo sigue el modelo escolar progresivo de año en año, con la idea precisamente de que los chicos reciban desde los contextos familiares, educativos y sociales a los que pertenecen, un empuje constante para convertirse en adultos y un testimonio concreto de lo que significa vivir en el mundo como adulto cristiano.

Quinto. Una quinta característica de la pastoral del embudo se refiere al ámbito de la atención dedicada al mundo de las nuevas generaciones. Esta dedicación se confía normalmente a los sacerdotes jóvenes, es decir, a los que acaban de salir del seminario. La idea que guía esta pastoral juvenil es sustancialmente la de crear una trama de amistad entre el joven sacerdote y los jóvenes y entre los mismos jóvenes: una amistad que permita a estos últimos madurar un afecto sincero y pleno por la vida eclesial. Por lo demás, también en este caso, se supone que no hay necesidad alguna de profundización en el conocimiento bíblico, ni de una específica mistagogía hacia la experiencia de la oración o la ritualidad litúrgica ni, por último, de alguna indicación formativa sobre el objetivo específico de la vida joven, que es precisamente el de acceder a la dimensión adulta de la existencia humana. Todo esto se deja para la vida adulta que espera a los jóvenes.

Sexto. Un último rasgo muy específico de la pastoral del embudo se refiere al concepto mismo del "creyente no practicante". Es decir, se considera como totalmente aceptable la idea de que la pertenencia nominal a la comunidad de fe pueda ocurrir incluso sin una práctica real de fe. Es evidente que aquí juega un papel fuerte la centralidad asignada a la experiencia onerosa del ser adulto en la apreciación de la visión cristiana de la existencia, pero este modo de razonar no está exento de consecuencias para lo que debería ser la tarea principal de toda comunidad creyente, es decir, la tarea de la evangelización: concretamente, hacer que las personas se encuentren con el Evangelio de Jesús. Además, en los últimos años se ha asistido a la sustitución de la figura del "creyente no practicante" por la del "sujeto espiritual no religioso", también aquí avalando una idea de espiritualidad al menos discutible desde el punto de vista específico de la religión cristiana.

En síntesis, pienso que el rasgo más problemático de esta pastoral del embudo es su evidente descarte del Evangelio de Jesús y del Jesús del Evangelio. Para ella, sustancialmente, se puede llegar a ser cristiano incluso sin haberse encontrado con Jesús y su Evangelio. Basta con convertirse en adulto.

Estoy seguro de que podréis perdonar la rudeza de estas observaciones, pero ellas nos sirven para iluminar un paisaje y un pasaje histórico que siempre es más rico y matizado que esta breve descripción. Por lo demás, el punto verdaderamente dirimente, llegados a este punto de mi reflexión es el siguiente: constatado, pues, el fenómeno actual del eclipse del adulto, que era la verdadera palanca de la mentalidad pastoral del pasado e incluso del presente, ¿no es necesario "inventar" una nueva mentalidad pastoral? ¿Y no será necesario identificar nuevos horizontes respecto a la cuestión de la transmisión de la fe? ¿Podemos seguir pensando que los jóvenes son un problema de pastoral juvenil, aguardando la espera apocalíptica de la próxima JMJ en Portugal?

5. Pastoral del encuentro

En mi ensayo Pastoral 4.0, sostengo con claridad la necesidad de cambiar el paso en la actuación eclesial en concreto. Y nadie como el Papa Francisco nos pide precisamente esto a los creyentes y a sus pastores. Ya en 2014, en la audiencia concedida a los participantes en el Congreso Internacional de la pastoral de las grandes ciudades, que tuvo lugar el 27 de noviembre de ese año, afirmó: «Venimos de una acción pastoral secular, donde la Iglesia era la única referencia de la cultura. Es verdad, es nuestra herencia. Como auténtica Maestra, la Iglesia sintió la responsabilidad de delinear y de imponer, no sólo las formas culturales, sino también los valores, y más profundamente trazar el imaginario personal y colectivo, es decir las historias, los fundamentos donde las personas se apoyan para encontrar los significados últimos y las respuestas a sus preguntas vitales. Pero ya no estamos en esa época. Ha pasado. No estamos en la cristiandad, ya no. Hoy ya no somos los únicos que producen cultura, ni los primeros, ni los más escuchados. Necesitamos, por lo tanto, un cambio de mentalidad pastoral, pero no de una «pastoral relativista» —no, esto no— que por querer estar presente en la «cocina cultural» pierde el horizonte evangélico, dejando al hombre confiado en sí mismo y emancipado de la mano de Dios. No, esto no. Esta es la senda relativista, la más cómoda. Esto no se podría

llamar pastoral. Quien actúa así no tiene auténtico interés por el hombre, sino que lo deja a la deriva de dos peligros igualmente graves: le ocultan a Jesús y la verdad sobre el hombre mismo. Y esconder a Jesús y la verdad sobre el hombre son peligros graves. Camino que lleva al hombre a la soledad de la muerte (cf. *Evangelii gaudium*, 93-97)».

¿Cómo intentar traducir este apasionado llamamiento en un proyecto pastoral? La propuesta que presentamos es la de sustituir la pastoral del embudo por una pastoral del encuentro.

La pastoral del encuentro se caracteriza esencialmente por la decisión de colocar en el centro del ser y actuar eclesial la creación y el cuidado de las condiciones que permiten a cualquiera llegar a ser cristiano. En ese horizonte, los agentes de pastoral se esforzarán para que quien se acerque al umbral de la comunidad cristiana -los más pequeños, sobre todo- puedan encontrarse con Jesús y con su Evangelio y experimentar una especie de enamoramiento de Él. Los agentes de pastoral deberán estar disponibles para que un encuentro de este tipo sea siempre posible. Estamos aquí para permitir que cualquiera se encuentre con Jesús, porque así es como se hace uno cristiano.

Además, se deberá reconocer francamente que quizá sólo así es como se puede hoy esperar que alguien llegue a ser adulto. De hecho, la comunidad cristiana, en su ser, está llamada a convertirse en el lugar donde los hombres se hacen cristianos, permitiendo que cada uno se encuentre amorosamente con Jesús; al mismo tiempo está llamada a ser lugar generativo de jóvenes que asumen la forma adulta de lo humano y de adultos que pueden descubrir de nuevo la belleza nunca perdida y siempre unida a la dimensión adulta de lo humano, demasiado pronto descartada por dedicarse al nefasto culto de la juventud, al ser asociada aquella belleza a las antiguas condiciones de vida adulta.

Jesús, ciertamente revela la plenitud del rostro del Dios invisible, pero también la plenitud del rostro humano; y, en la medida en que es la vida adulta el espacio de plena manifestación de la verdad de lo humano, entonces deberá decirse que Jesús muestra la plenitud del ser adulto. Jesús custodia y comunica para siempre el secreto de la aventura humana sobre la tierra.

Tener, por tanto, la concreta posibilidad de encontrarse con Él abrirá los caminos, para cualquiera que lo desee, de la posibilidad de llegar a ser cristiano y de llegar a ser adulto. Hablamos de la doble posibilidad: poder reconocer y acoger la presencia de la bendición del Padre, Dios, sobre su propia existencia (=llegar a ser cristiano), y poder transformar esa misma existencia en motivo de bendición para quien se le ponga a su lado en el camino (=llegar a ser adulto).

6. Conclusión

Para ofrecer una síntesis de cuanto aquí se ha expuesto, digamos que el esfuerzo que nos espera, en la medida en que nos comprometamos seriamente con los desafíos que las nuevas generaciones plantean a la Iglesia en Occidente, está el de transformar nuestras comunidades en lugares donde no sólo se celebra la fe, sino donde somos engendrados a la fe; donde no sólo se reza, sino donde somos iniciados a la oración; donde no solo se practica la proximidad, sino donde se propone la proximidad como vía real de humanización y, por ello, de llegar a ser adultos.

Es inútil dar la espalda a lo aquí planteado: no estamos ya en el tiempo de la cristiandad, en el tiempo del adulto *naturaliter christianus*. Estamos en un tiempo en que, dejando aparte poquísimas excepciones, nuestros chicos pueden encontrarse con Jesús sólo allí donde otros cristianos se encuentran con Jesús, para testimoniar su amor por Jesús

Para preparar el diálogo

Antes de abrir el diálogo entre nosotros con vuestras observaciones y preguntas, permitidme que añada alguna consideración más concreta sobre el cambio de pastoral del que hemos hablado.

Para mí es claro que nos sirve una pastoral del encuentro: una pastoral que permita encontrarse con Jesús, a cada uno que entre en contacto con la Iglesia.

¿Pero desde donde partir? ¿Qué hacer? ¿Qué cambiar? Para responder a estas preguntas quisiera inspirarme en lo que el Papa pide para la renovación de la pastoral juvenil en *Christus vivit*. En aquella exhortación él pide que la pastoral juvenil atraviese una cuádruple conversión: sinodal, vocacional, misionera y popular.

Esto me sugiere poner también nuestra acción pastoral general a una semejante cuádruple conversión.

1. Conversión sinodal: Tenemos necesidad de tiempo para pensar juntos y discernir juntos:

a) Pensar este tiempo como tiempo de cambio. No podemos adormecernos con la idea de que todo volverá a ser como antes.

b) Pensar cuál es el modelo de creyente al que intentamos conducir a las personas que no son aún cristianas. ¿Pensamos aún en un modelo de creyente válido para el valle de lágrimas o bien estamos pensando ya en un creyente que vive en esta sociedad de la eterna juventud?

c) Pensar, como Iglesia, qué ofrecemos a quien nos mira desde afuera. ¿Qué se hace en la Iglesia? ¿Qué se vende en la Iglesia? Pensemos en lo que ordinariamente piensa la gente que pasa por delante de nuestras parroquias que pueden encontrar allí. ¿Cáritas, consolación, ayuda al sufrimiento, ilusiones, supersticiones? Y nosotros, ¿qué cosas quisiéramos que aquellas mismas personas pensarán pasando delante de nuestras parroquias? Jesús, Evangelio, plegaria, experiencia de fraternidad, experiencia de fiesta, experiencia de cercanía, de humanización...

2. Conversión vocacional: hay que poner en el centro de atención la cuestión del adulto que no quiere ser adulto.

Esto implica dos cosas:

- la primera es abandonar la categoría de creyentes no practicantes. ¡Ya no existen!
- La segunda es dar voz a lo que hoy no tiene voz: la estructura esencialmente generativa y generacional de lo humano. Todos nacemos para ser adultos y nadie nace para permanecer joven para siempre. Esto no es sencillo. Nos enfrenta al sistema económico imperante, que es nuestro verdadero competidor. El mercado necesita adultos embobados, y con el mito de la juventud ha encontrado el camino correcto. Y no soltará este mecanismo tan fácilmente.

3. Conversión misionera: debemos dar prioridad, en nuestras comunidades, sólo a lo que conduce a Jesús.

Para esto, hagamos una lista de todo lo que sucede durante el año litúrgico, en nuestras comunidades, y preguntémonos: ¿Esto lleva a Jesús? o no? ¿Está hablando de Jesús o no? ¿Ayuda a crear curiosidad acerca de Jesús o no? ¿Crea un deseo por el Evangelio o no?

Permitidme una provocación: ¿nuestro sistema de iniciación cristiana (el de la primera comunión) lleva a Jesús o no? En Italia, por ejemplo, ese sistema está ligado a la vida escolar de los niños, como si todos los niños de cierta edad tuvieran una experiencia de un mismo ambiente familiar cristiano. También entre nosotros, ni siquiera un Evangelio como el de Lucas se lee en su totalidad, y los niños no pueden experimentar la proximidad. ¿Cómo se puede encontrar a Jesús en estas condiciones?

No hace falta decir que todo lo que no lleva a Jesús debe ser reevangelizado o simplemente dejado de lado.

4. Conversión popular: hay que tomarse a pecho el tema de la educación. Con un chiste todos debemos hacernos un poco “salesianos”. La fe cristiana siempre es cosa de adultos. Pero nuestra sociedad no quiere adultos y no permite que los niños crezcan. Aquí se nos espera.

Pero para reiniciar la educación, en nuestras familias, se necesita un anuncio renovado del destino eterno de la vida humana. Debemos convertirnos en *memoria resurrectionis*. La resurrección es la gran alternativa al mito de la eterna juventud. ¡Recuerda que debes resucitar! Este debe ser nuestro anuncio al mundo de hoy.

Es recuperando este espíritu de resurrección como los adultos podrán reconciliarse con el carácter finito y mortal de la existencia en la tierra y convertirse finalmente en adultos, dejando el espacio necesario para que los jóvenes sean jóvenes. Convertirse en adultos y convertirse en creyentes.

Gracias